

LOCKE Y EL MERCADO DE LA TOLERANCIA

José Ignacio Solar Cayón

Universidad de Cantabria



la hora de abordar la idea de tolerancia existen múltiples perspectivas posibles. La aproximación más frecuente es, desde un punto de vista ético y político, como exigencia o realización de determinados valores que hacen posible una convivencia pacífica. Otras atalayas posibles son las que nos presentan la consideración del fenómeno desde un punto de vista religioso —como concreción de un mandato de ese tipo— o de la teoría del conocimiento —como condición necesaria para el perfeccionamiento del entendimiento o para alcanzar la verdad—. En todos estos campos nos resulta bastante familiar la defensa que Locke hace del ideario liberal, en el que se incluye el principio de tolerancia. Pero hay otra perspectiva menos frecuentada: la que ofrece la economía. Se trata de una aproximación oblicua, interesada en ver la relación de los hombres a través de su relación con las cosas, que parte de los hechos más que de los valores. Esto permite observar disonancias entre los principios proclamados y una realidad descarnada.

Tolerancia y comercio son ideas estrechamente unidas para el liberalismo clásico en su lucha por la emancipación del individuo de toda forma autoritaria de poder. Esta relación es reiterada constantemente por los defensores de la tolerancia en la Inglaterra del siglo xvii. Los perjuicios económicos deriva-



dos de la inseguridad causada por la persecución de los disidentes —muchos de los cuales pertenecían a la burguesía mercantil y de negocios¹—, así como la distracción de esfuerzos y recursos que conllevaba constituyen uno de los factores principales en la aceptación cada vez más generalizada del principio de tolerancia.

Tan enraizada está en el ambiente social esta conexión, tan evidente aparece a los ojos de todos, que toda la estrategia argumentativa en favor de la tolerancia está impregnada de un espíritu marcadamente comercial: las distintas iglesias se configuran como asociaciones voluntarias a imagen y semejanza de las corporaciones mercantiles, la pertenencia a las mismas es el resultado de un contrato privado en el que la expectativa de salvación viene a ser la contraprestación por el cumplimiento de los deberes religiosos, el Estado es solamente el guardián de las reglas de juego que aseguran la libre competencia entre las diversas confesiones².

La obra de Locke no es ajena a esta vertiente económica de la tolerancia. Ciertamente, en sus escritos específicos sobre el problema del tratamiento jurídico de los disidentes apenas presta atención a este aspecto. Sólo en su *An Essay Concerning Toleration* de 1667 afirma escuetamente que es necesario considerar la influencia que puede tener una política de tolerancia «sobre el número y la laboriosidad de los súbditos, de los cuales dependen el poder y la riqueza del reino»³. Y, basándose en esta argumentación, defendió posteriormente la acogida de los hugonotes franceses que recalca-

¹ Cfr. D. L. WYKES, «Religious Dissent and the Penal Laws: An Explanation of Business Success?», *History*, vol. 75, n. 1 (February, 1990), pp. 39-62. En este artículo se analizan las causas del éxito de muchos disidentes en el mundo de los negocios, rechazándose la explicación tradicional sugerida por M. WEBER, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, trad. de Luis Legaz Lacambra, Ed. Península, Barcelona, 1991, y aceptada también por C. HILL, *De la Reforma a la Revolución industrial, 1530-1780*, traducción de Jordi Beltrán, Ariel, Barcelona, 1980, pp. 220-221, de que el mismo fue debido a que la exclusión legal de los cargos públicos les hizo lanzarse con decisión a la actividad industrial como área alternativa de ascenso social.

² Por ello, en muchas ocasiones, como afirma J. BAUBEROT, «Estrategias de la libertad», en C. SAHEL (ed.), *La tolerancia. Por un humanismo herético*, trad. de Alicia Martorell, Cátedra, Madrid, 1993, «hay que entender esta palabra (comercio) en su sentido más amplio: no sólo intercambio y circulación de bienes materiales, sino también intercambio y circulación de ideas, de bienes intelectuales» (p. 81). Prueba de ello nos la ofrece J. MILTON, *Areopagítica*, trad. y prólogo de José Carner, FCE, Buenos Aires, 1976, quien afirma que «verdad y entendimiento no son mercancías monopolizables y que admitan tráfico por cédulas, estatutos y patrones oficiales» (p. 65), y considerando el perjuicio del sistema de licencias para la edición de obras señala que «más que si algún corsario en el mar cerrara todos nuestros puertos, fondeaderos y caletas, impide él y dilata la importación de nuestra más rica mercancía, la Verdad» (pp. 77-78).

³ J. LOCKE, «An Essay Concerning Toleration», en ID., *Scritti editi e inediti sulla tolleranza*, edizione a cura di C. A. Viano, Taylor, Torino, 1961, p. 103.

ban en Inglaterra huyendo de la represión subsiguiente a la revocación del Edicto de Nantes⁴.

Pero acudiendo a sus escritos económicos se pueden vislumbrar las razones de la influencia favorable de una política de tolerancia sobre el desarrollo económico del país⁵. En ellos Locke se muestra un decidido defensor de la teoría mercantilista en boga, que basa el poderío económico y político de la nación en el saldo favorable de su balanza comercial (*balance-of-trade theory*)⁶. Según esta idea, la propia seguridad del Estado, su poderío político, dependen directamente de su riqueza⁷. Y ésta se cifra en la acumulación de oro y plata⁸. O más concretamente, como advierte el propio Locke, en la posesión de una mayor proporción de tales metales que el resto de las naciones⁹. Este

⁴ Cfr. M. CRANSTON, «John Locke and the Case for Toleration», en S. Mendus and D. Edwards (ed.), *On Toleration*, Oxford Clarendon Press, 1987, pp. 114-115.

⁵ No hay que olvidar que estos ensayos, recogidos en J. LOCKE, *Several Papers Relating to Money, Interest and Trade, & c.*, A. & J. Churchill, London, 1696, reprinted 1989 by Augustus M. Kelley Publishers, fueron promovidos por su mentor, Shaftesbury, en defensa de su programa político. El punto central de éste era el desarrollo de una política comercial agresiva y expansionista, en la que la tolerancia constituía una pieza básica.

⁶ La adscripción de Locke al mercantilismo es general entre los especialistas, hasta el punto de que E. HECKSCHER, *La época mercantilista*, versión al español de Wenceslao Roces, F. C. E., México, 1983, habla de él como el «más famoso de los mercantilistas» (p. 469), y J. O. APPLEBY, *Economic Thought and Ideology in Seventeenth-Century England*, Princeton University Press, 1980, cree que debe ser considerado el «principal arquitecto» de la política mercantilista inglesa en este tiempo (p. 254), debiéndose tener en cuenta al respecto que Locke fue miembro del Board of Trade, organismo rector de la compleja estructura mercantilista, durante 1673-1674 y 1696-1700. Es preciso señalar como discordante la voz de K. I. VAUGHN, *John Locke. Economista y sociólogo*, trad. de Juan José Utrilla, FCE, México, 1983, quien, pese a reconocer que Locke compartía con los mercantilistas no sólo el objetivo de una Inglaterra poderosa sino también los medios, las medidas económicas a tomar para conseguirlo, duda en clasificarle entre éstos por razones de tipo metodológico. Considera que el enfoque mercantilista de la actividad económica era esencialmente práctico mientras que el método de Locke era deductivo y sistemático (cfr. pp. 65-69 y 100).

⁷ Sobre la estrecha relación que establece el mercantilismo entre riqueza y poder político, considerados ambos como fines últimos de la política nacional, cfr. J. VINER, «Power versus Plenty as Objectives of Foreign Policy in the Seventeenth and Eighteenth Centuries», en D. C. Coleman (ed.), *Revisions in Mercantilism*, Methuen & Co. Ltd., London, 1969, pp. 61-91.

⁸ Al respecto afirma M. FOUCAULT, *Las palabras y las cosas*, trad. de Elsa Cecilia Frost, Siglo XXI editores, Madrid, 1989: «El metal precioso era, de suyo, la marca de la riqueza; su resplandor oculto indicaba a la vez que era presencia oculta y signatura visible de todas las riquezas del mundo. Por esta razón, tiene un *precio*; por esta razón, también, *mide* todos los precios; y, por último, por esta razón, se le puede *cambiar* por cualquier cosa que tenga un precio. Era lo *precioso* por excelencia» (p. 172). Por ello, estas especies constitufan, en palabras de P. DEYON, *Los orígenes de la Europa moderna: el mercantilismo*, traducción de M. A. Oliver, ediciones Península, Barcelona, 1976, «los recursos del Príncipe, el nervio de la guerra, la base de un sistema de crédito todavía rudimentario y el único medio de reglamentar los sueldos internacionales» (p. 79).

⁹ J. LOCKE, *Some Considerations of the Consequences of the Lowering of Interest, and Raising the Value of Money*: «Las riquezas no consisten en tener más oro y plata, sino en tener más proporción que el

objetivo sólo puede conseguirse, añade, si el valor de las exportaciones es superior al de las importaciones¹⁰. Por ello, todos los recursos deben ser orientados preferentemente hacia el comercio exterior provechoso.

No interesa desarrollar la noción de un mercado interior como un entramado de relaciones de doble dirección productor-consumidor, sino que todo el énfasis se coloca en los factores productivos. Se trata de un mercado que, teniendo en cuenta la escasa importancia del elemento tecnológico, se reduce a una suma de trabajo¹¹. El único objetivo es producir el mayor número de bienes¹². Por tanto, los dos factores determinantes son, como señala Locke, el número y la laboriosidad de los ciudadanos. En este sentido es clara la influencia favorable de una política de tolerancia: el aumento de la población implica una mayor cantidad de trabajo y, consiguientemente, un aumento de la producción¹³. La prosperidad nacional está en relación directa con su densidad de población. Cualquier persona puede aportar al menos su fuerza de trabajo.

La producción debe orientarse, ante todo, hacia el comercio exterior, haciendo posible la exportación de las manufacturas inglesas y la entrada en el país de grandes cantidades de oro y plata. Toda acumulación en el mercado

resto del mundo o que nuestros vecinos, de manera que podamos procurarnos una mayor abundancia de las comodidades de la vida que los reinos y estados vecinos, quienes, compartiendo el oro y la plata del mundo en menor proporción, no tendrán los medios que dan riqueza y poder, y serán así más pobres» (p. 15). Locke se muestra, en este sentido, como el resto de defensores del mercantilismo, poco «tolerante» o solidario en el plano internacional. J. G. FICHTE, *El estado comercial cerrado*, trad. de Jaime Franco Barrio, Tecnos, Madrid, 1991, afirma, al respecto, que la práctica mercantilista promueve «una guerra comercial universal», en la que «al interés por los propios beneficios todavía se une el interés por las pérdidas sufridas por el otro: a veces uno se alegra de poder disfrutar de lo segundo, aun cuando falte lo primero, y ocasiona daños sin beneficio aparente» (p. 106). Frente a esta idea mercantilista de que *ninguno puede prosperar sino a expensas de los demás*, D. HUME, «De la rivalidad comercial», en ID., *Ensayos políticos*, estudio preliminar de Josep M. Colomer, trad. de César Armando Gómez, Tecnos, Madrid, 1987, pp. 143-146, aboga, no por la supresión de todo intercambio comercial —como propondría Fichte—, sino por una prosperidad general de las naciones y unas «relaciones mutuas de una mayor benevolencia y amplitud de miras» (p. 146).

¹⁰ Cfr. *Some Considerations of the Consequences of the Lowering of Interest, and Raising the Value of Money*, pp. 14-19, y *Further Considerations Concerning Raising the Value of Money*, pp. 16-17.

¹¹ A este respecto señala C. G. A. CLAY, *Economic expansion and social change: England 1500-1700*, Cambridge University Press, 1984, vol. II: «El trabajo era el factor de producción más importante y el incremento de la producción se debía casi completamente a un incremento en la dimensión de la fuerza de trabajo. La disponibilidad durante casi todo el período de una casi ilimitada reserva de pobres rurales subempleados, unida a su falta de organización y su consiguiente incapacidad de resistir la presión a la baja de los salarios, implicaba poco incentivo para que los empresarios buscaran invenciones que elevasen la productividad de sus trabajadores, o incluso adoptasen aquellas que éstos presentaban» (p. 83).

¹² En este sentido, P. DEYON, *Los orígenes de la Europa moderna: el mercantilismo*, cit., habla de una «apología del trabajo creador» (p. 74).

¹³ W. SOMBART, *El burgués*, versión española de María Pilar Lorenzo, revisión de Miguel Paredes, Alianza Editorial, Madrid, 1993, cifra en 80.000 los hugonotes franceses —en favor de cuya recepción se pronuncia Locke— llegados a Inglaterra en el siglo XVII (p. 312).

interior es antieconómica, pues supone una distracción de recursos en detrimento del objetivo nacional. Desde este punto de vista la dinámica del consumo interior es estéril, y por eso debe mantenerse en los niveles mínimos de lo absolutamente necesario¹⁴. De ahí también la afilada crítica que Locke dirige a los «perezosos e improductivos tenderos», tan nocivos para él como los jugadores, porque ambos mantienen «gran parte del dinero de un país constantemente en sus manos»¹⁵.

El desarrollo de la práctica mercantilista condujo a una política comercial exterior agresiva, de dominio y explotación de cada vez más vastos espacios coloniales¹⁶. El sistema desembocaba así en la «conquista» económica de nuevos espacios¹⁷. Esta rivalidad comercial por una porción mayor en el reparto de la riqueza, que constituye el *leit-motiv* del mercantilismo, se tradujo pueras adentro en una exaltación del espíritu patriótico. La unión de toda la nación frente al enemigo exterior constituye un ingrediente esencial de la práctica mercantilista¹⁸.

¹⁴ Cfr. J. LOCKE, *Some Considerations of the Consequences of the Lowering of Interest, and Raising the value of Money*, pp. 34-35. Todo el dinero posible debe movilizarse hacia el comercio internacional y el mercado interior debe absorber la mínima cantidad de dinero. Este descuido del consumo se advierte en la propia noción de «consumidor» que maneja el filósofo, por la cual entiende «el comerciante que compra el artículo, una vez hecho, para exportarlo» (p. 21). A. SMITH, en su *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, trad. de José Alonso Ortiz, Bosch, Barcelona, 1983, cuyo título IV es una crítica de las prácticas mercantilistas —tratadas por primera vez como un sistema—, pone de relieve este sacrificio de los intereses del consumidor en beneficio del productor (vol. II, pp. 428-429).

¹⁵ J. LOCKE, *Some Considerations of the Consequences of the Lowering of Interest, and Raising the Value of Money*, p. 43.

¹⁶ En este aspecto constituía un pilar fundamental del sistema el desarrollo de una Marina poderosa. La competencia internacional por el dominio del comercio marítimo y colonial fue la principal causa de las tres guerras anglo-holandesas que se sucedieron en vida de Locke.

¹⁷ Resulta llamativa la aparente contradicción entre el fomento de esta política comercial agresiva, cuyo objetivo es el empobrecimiento del otro tanto como el beneficio propio, y la sección que Locke dedica a la conquista en el *Segundo Ensayo sobre el Gobierno Civil*, en la que reiteradamente afirma que incluso el conquistador legítimo, que posee un poder absoluto sobre la vida de quienes se han enfrentado a él, no tiene ningún derecho sobre sus posesiones. Sin embargo, el fundamento de ambas posiciones es el mismo: el interés primordial de Locke por la protección de la propiedad, su consagración de la primacía de la relación con las cosas sobre la relación con las personas. De la misma manera que todo individuo en el estado de naturaleza tiene un derecho sobre la vida del agresor pero no sobre sus bienes, así el país agredido (y todas las naciones se encuentran entre sí en un estado de naturaleza) tiene un poder sobre la vida de los agresores, pero no sobre sus haciendas. Locke quiere, ante todo, proteger la propiedad de toda interferencia de la fuerza, incluso justa. De ahí también su preocupación por resarcir al conquistador legítimo de las pérdidas que haya sufrido por la guerra. La propiedad sólo puede cambiar de manos, circular, mediante el mecanismo del consentimiento: únicamente el contrato, el comercio, es fuente legítima de riqueza, de acumulación.

¹⁸ En este sentido afirma P. DEYON, *Los orígenes de la Europa moderna: el mercantilismo*, cit., que «esta voluntad de poder y de unidad, mantenida por la doctrina mercantilista, se expresa con frecuencia con respecto al extranjero de manera agresiva; el mercantilismo utilizó y exasperó la xenofobia» (p. 71).

De esta manera se intenta dotar a todo este esfuerzo de un cariz moral, haciendo que todos los ciudadanos se sientan partícipes de un empeño colectivo en el que, en realidad, los únicos beneficiados son una minoría de comerciantes. El mercantilismo, por tanto, presenta una visión interesada de la actividad económica como una empresa nacional, como un agregado de esfuerzos en una única dirección. El país se parece a una enorme compañía en cuyo beneficio han de movilizarse todas las capacidades y los recursos de sus ciudadanos¹⁹.

Esta imagen de la nación como una compañía mercantil en la que unos ciudadanos aportan trabajo y otros capital ha sido trasplantada al campo político por los estudiosos. Así Laski ve el Estado lockeano como «un contrato entre un grupo de negociantes que forman una compañía de responsabilidad limitada»²⁰. Pero, sin duda, la proyección más elaborada en este aspecto es la de Macpherson. El Estado configurado por Locke vendría a ser, en su opinión, una sociedad anónima en la que, por un lado, hay unos socios capitalistas —los propietarios—, que toman las decisiones por mayoría en cuanto a su dirección y, por otro, los trabajadores —los no propietarios—, que no participan en las operaciones de la compañía pero forman parte de ella por cuanto están sometidos a su jurisdicción y, por tanto, vinculados por las decisiones de los socios capitalistas. Es decir, la tenencia o no de propiedades determina una diferenciación en los derechos naturales, que eran inicialmente iguales, quedando los no propietarios sujetos a la jurisdicción de los propietarios²¹.

Poniendo de relieve esta estrecha relación entre la voluntad de unión nacional y la competencia mercantilista en el tiempo de Locke, S. C. A. PINCUS, «Popery, Trade and Universal Monarchy: The Ideological Context of the Outbreak of the Second Anglo-Dutch War», *The English Historical Review*, vol. CVII, n. CCCCXXII (January, 1992), afirma que «una ideología económica antiholandesa fue el complemento inevitable de una perspectiva política y religiosa que culpaba de los infortunios de Inglaterra al pluralismo religioso y el republicanismo político» (p. 18).

¹⁹ Algunos de los presupuestos básicos de la *balance-of-trade theory* estaban comenzando a ser desafiados en el plano teórico en la época en que Locke publica sus ensayos. A raíz de la controversia que se originó a finales de siglo sobre las importaciones llevadas a cabo por la East India Company, diversos autores comenzaron a llamar la atención sobre la importancia del consumo interno como factor estimulante de la producción, capaz de generar un crecimiento sostenido de la riqueza. Se ponía así en cuestión la concepción estética mercantilista, que reducía Inglaterra a un enorme centro manufacturero. En su lugar se concebía un mercado integrado por agentes con distintos intereses y necesidades, en el que la actividad económica responde a una dinámica de relaciones individuales productor-consumidor. Sobre el surgimiento de esta heterodoxia económica, cfr. J. APPLEBY, «Ideology and Theory: The Tension between Political and Economic Liberalism in Seventeenth-Century England», *The American Historical Review*, vol. 81, n. 3 (June, 1976), pp. 504-509. No obstante, estos nuevos planteamientos no consiguieron desalojar los arraigados principios mercantilistas y habría que esperar a Adam Smith y su monumental síntesis en *La riqueza de las naciones* para su efectiva vigencia.

²⁰ H. J. LASKI, *El liberalismo europeo*, trad. de Victoriano Miguélez, F. C. E., México, 1984, p. 101.

²¹ Cfr. C. B. MACPHERSON, *La teoría política del individualismo posesivo*, trad. de J. R. Capella, ed. Fontanella, Barcelona, 1979, pp. 169-223, especialmente a la p. 199.

Se ha criticado a Macpherson el hecho de que descuida afirmaciones esenciales del pensamiento lockeano en cuanto al origen y naturaleza del poder político²². En este sentido cabe recordar que es precisamente la idea de que la propiedad comporta autoridad —junto a la idea de que la soberana deriva del poder paternal— uno de los principales blancos de la crítica a Filmer contenida en el Primer Ensayo sobre el Gobierno Civil. La propiedad no puede constituir un criterio que altere la natural igualdad de jurisdicción²³. La autoridad política sólo puede tener como fundamento un pacto. Incluso en el caso de que alguien, abusando de su poder económico, pretendiera forzar la obediencia de quien depende materialmente de él, sería necesario que éste prestase su consentimiento «puesto que la autoridad del propietario rico y la sujeción del mendigo necesitado no provienen de la posesión del señor, sino del consentimiento del pobre hombre, que prefiere ser su súbdito a perecer de hambre»²⁴. Este origen contractual es lo que diferencia el poder político del poder despótico del amo sobre el esclavo (equiparable para Locke al del monarca absoluto sobre sus súbditos), basado en la propiedad del primero sobre el segundo a causa de la comisión de algún delito. Por eso el esclavo, a diferencia del trabajador, queda excluido de la sociedad política²⁵.

Por tanto, está claro que en opinión de Locke la autoridad política no puede tener su origen en determinadas relaciones económicas o de propiedad. Pero tal vez no sea éste el sentido de la crítica de Macpherson a Locke. Tal vez Macpherson no está pensando en el origen sino en el resultado, no en lo natural —la igualdad inicial de jurisdicción—, sino en la situación de hecho resultante —el sometimiento de los no propietarios a los propietarios, independientemente de que el origen de tal sujeción sea el consentimiento o la dependencia material que lo motiva—, mostrando así una cierta duplicidad en Locke.

Partir de los hechos, como he señalado al comienzo, es una vía problemática pero reveladora. Así sucede también en relación con el problema de la tolerancia. El modelo de relaciones económicas defendido por Locke, que se

²² Para una crítica de los planteamientos de Macpherson en relación con la obra de Locke puede verse A. RYAN, «Locke and the Dictatorship of the Bourgeoisie», *Political Studies*, 1965, vol. XIII, n. 2, pp. 219-230, y J. COHEN, «Structure, Choice, and Legitimacy: Locke's Theory of the State», *Philosophy and Public Affairs*, vol. 15, n. 4 (Fall, 1986), pp. 301-324.

²³ Cfr. J. LOCKE, *Primer Ensayo sobre el Gobierno civil*, secs. 41 y 42.

²⁴ *Ibidem*, sec. 43. Al respecto afirma J. COHEN, «Structure, Choice, and Legitimacy: Locke's Theory of the State», cit., que «incluso en circunstancias en las que el consentimiento es virtualmente una conclusión segura es el consentimiento y no la dependencia material que lo motiva el fundamento de la autoridad política» (p. 309).

²⁵ Cfr. J. LOCKE, *Segundo Ensayo sobre el Gobierno civil*, secs. 2, 23, 24 y 85.



ve favorecido por una política tolerante, genera paradójicamente reflejos de tipo coactivo que arrojan sombras sobre algunos de los presupuestos básicos de su teoría de la tolerancia.

En una actividad económica encaminada exclusivamente a lograr la máxima producción el trabajo constituía el factor esencial. La movilización de cada vez mayores cantidades de trabajo fue una preocupación central que tuvo su reflejo en la economía de bajos salarios propugnada por los mercantilistas²⁶. La práctica de esta propuesta económica se vio reforzada por la estricta regulación legal de los salarios por parte de un Estado que encontraba en el objetivo básico de la seguridad nacional la justificación para intervenir en las relaciones económicas²⁷.

El presupuesto que se halla detrás de esta propuesta es sencillo: estableciendo un estricto tope salarial máximo se mantendrá a los trabajadores en la necesidad constante de trabajar para sobrevivir. Si se obliga de alguna manera al trabajador a vivir «al día» (como gráficamente dice Locke, *living from hand to mouth*), si depende de su salario semanal simplemente para subsistir se verá forzado a trabajar constantemente. De manera que, en orden a favorecer el comercio, los trabajadores «bien pueden soportar su parte si tienen el dinero suficiente para comprar víveres, ropas y herramientas: de todo lo cual se puedan proveer sin que les quede aún en las manos gran cantidad de dinero»²⁸. Este nivel salarial de subsistencia hace preciso, como el propio filósofo reconoce, que cualquier alza de los precios se vea correspondida con un incremento del salario, pues de lo contrario el trabajador y su familia caerán en la indigencia²⁹. De esta manera no sólo se creaba una fuerza de trabajo disponible y disciplinada, sino que, además, se mantenía el consumo en los niveles de lo mínimo y absolutamente necesario³⁰.

Ante todo, lo que revela esta estrategia es la consciencia por parte de Locke, como de los demás escritores mercantilistas, del enorme poder coacti-

²⁶ Cfr. E. F. HECKSCHER, «Mercantilism», en D. C. Coleman (ed.), *Revisions in Mercantilism*, cit., p. 28.

²⁷ Cfr. C. G. A. CLAY, *Economic expansion and social change*, cit., pp. 249-250.

²⁸ J. LOCKE, *Some Considerations of the Consequences of the Lowering of Interest, and Raising the Value of Money*, p. 34.

²⁹ Cfr. *Ibidem*, p. 92. En la p. 115 se reitera la idea de la economía de subsistencia en la que se mueve el trabajador.

³⁰ Estos aspectos son criticados por A. SMITH, *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, cit., para quien «la industria que viene a fomentar regularmente el sistema mercantil es la que cede en beneficio directo del rico o del poderoso, pero de ningún modo la que es directamente ventajosa a los pobres del país, porque esta última, generalmente, queda desatendida y aún despreciada por las máximas mercantiles» (vol. II, p. 422).

vo que puede ejercer el mercado. En una sociedad política que se había desembarazado de poderes autoritarios y una economía en la que habían desaparecido numerosas cargas y trabas que pesaban sobre la propiedad —méritos atribuibles, en gran parte, al propio Locke—, estos autores descubren en el mercado insospechados resortes de control. Los trabajadores han de acudir al mercado para satisfacer sus necesidades y adquirir los medios de subsistencia, y el único medio que tienen para ello es vender en el mismo su fuerza de trabajo. Las relaciones de mercado pueden ser esa mano impersonal e invisible que dirá Adam Smith, pero extremadamente poderosa.

El orden impuesto por el mercado se ve respaldado por un orden moral que juega un papel fundamental en el mantenimiento de la estabilidad social. Para Locke, como para la mayoría de sus coetáneos, las opiniones y prácticas morales eran esenciales no solamente para la salvación del alma sino también para la salud del cuerpo social y el fortalecimiento del Estado. Por eso, en esta esfera moral —que en principio reconoce ser un asunto propio de la iglesia— siempre defendió la competencia del magistrado civil para imponer legislativamente la práctica de determinadas virtudes o prohibir ciertos vicios³¹. No se trata de que el Estado vele por el perfeccionamiento moral de los ciudadanos porque en la teoría lockeana de la tolerancia existe una clara diferenciación entre pecado y delito, y no es asunto de la autoridad política cuidar de la salvación de las almas³². La intervención del Estado en el ámbito moral debe limitarse a aquellos casos en que las conductas en cuestión incidan negativamente en los objetivos de la sociedad política.

Y a Locke no le cabe ninguna duda de la enorme importancia que puede tener para la economía una vida moral recta: «si el descuido del gobierno y la religión, los malos ejemplos y la educación depravada han introducido la corrupción; y el arte o la ventura han puesto en boga que los hombres vivan por encima de sus estados, las deudas se incrementarán y multiplicarán»³³. De ahí la necesidad de fomentar determinadas costumbres o prácticas morales cuyo descuido arruinaría no sólo el alma sino también el Estado. Locke ahora, en este sentido, «los días de la reina Elizabeth —cuando la sobriedad, la frugalidad y la laboriosidad aumentaron día a día para la mayor riqueza del Reino—»³⁴.

³¹ Cfr. J. LOCKE, «An Essay Concerning Toleration», en ID. *Scritti editi e inediti sulla tolleranza*, edizione a cura di C. A. Viano, Taylor, Torino, 1961, pp. 90 y 103, y *Carta sobre la Tolerancia*, edición a cargo de Pedro Bravo Gala, Tecnos, Madrid, 1991, p. 49.

³² Cfr. J. LOCKE, *Carta sobre la Tolerancia*, cit., pp. 43-44.

³³ J. LOCKE, *Some Considerations of the Consequences of the Lowering of Interest, and Raising the Value of Money*, p. 85.

³⁴ *Ibidem*, p. 85.

Es claro que el filósofo «esperaba que la iglesia jugase el mayor papel en el mantenimiento de la moralidad por medio de su método distintivo de exhortación, admonición y excomunión»³⁵. Pero, paradójicamente, a medida que Locke fue liberalizando su política religiosa, reconociendo el derecho a formar iglesias separadas de la oficial, fue concediendo un mayor protagonismo a la acción del Estado en la esfera moral. Su convicción de que la estabilidad social y el fortalecimiento del Estado precisaban la práctica de determinadas virtudes le llevó a proponer un papel cada vez más activo de la autoridad política en este ámbito, a fin de contrarrestar la influencia tendencialmente disgregadora de la tolerancia³⁶. Así, Locke considera que el gobernante debe, «por un castigo constante y no mitigado de todas las formas de fraude y de injusticia; y por su administración, aprobación y ejemplo, convertir las irregularidades de las conductas de los hombres en orden, e introducir la sobriedad, la tranquilidad, la laboriosidad y la honestidad»³⁷.

Laboriosidad y sobriedad: tales son las virtudes exaltadas por el mercantilismo en su afán por incrementar la producción y reducir el consumo³⁸. Dios exige laboriosidad. La pobreza, como resalta el filósofo, no es tanto la consecuencia de una determinada dinámica de las relaciones de mercado cuanto una

³⁵ M. CRANSTON, «John Locke and the Case for Toleration», cit., p. 117.

³⁶ Sobre cómo Locke expandió progresivamente el ámbito de conductas morales que consideraba necesarias para el bien público, cfr. J. MARSHALL, *John Locke, Resistance, Religion and Responsibility*, Cambridge University Press, 1994, pp. 376-383.

³⁷ J. LOCKE, *A Third Letter for Toleration*, p. 469. La referencia es a la edición de *The Works of John Locke*, London, 1823; reprinted by Scientia Verlag Aalen, 1963, vol. 6.

³⁸ Es de resaltar cómo quienes empezaban a poner de manifiesto la importancia del consumo en el mercado interior tuvieron que librar una dura batalla para disociar la moral de la economía. En este sentido nadie como B. MANDEVILLE, *La fábula de las abejas*, comentario crítico, histórico y explicativo de F. B. Kaye, trad. de José Ferrater Mora, F. C. E., México, 1982, llegó tan lejos en la rehabilitación y dignificación de las pasiones egoístas y los vicios privados como instrumentos de prosperidad general: «El cortesano sensual que no pone límites a su lujo; la ramera veleidosa que inventa nuevas modas cada semana; la altanera duquesa que se desvive por imitar los carruajes, las diversiones y las costumbres todas de una princesa; el libertino rumboso y el heredero derrochador, que desparrama su dinero sin juicio ni sentido, que compran todo lo que ven para luego destruirlo o regalarlo al día siguiente; el villano codicioso y perjuro que exprime inmensas riquezas de las lágrimas de las viudas y los huérfanos, legando después su dinero a los pródigos para que lo gasten: éstos son la presa y el alimento adecuado para un Leviatán en pleno desarrollo» (p. 238). Cfr., asimismo, las observaciones (L), (M), (N), (P), (Q), (S), (T), (X) e (Y) (pp. 67-93, 108-127, 145-155 y 160-164). Asimismo, esta nueva dirección económica ejercerá una influencia sobre la propia idea de tolerancia, que se libera de ascetismo para hacerse más «tolerante» con nuevos modos de vida. La mano invisible del mercado es un crisol legitimador de todas las acciones individuales en el que hay lugar para el hombre desinhibido, gozador, hedonista, amante de los placeres y la vida feliz. El hombre se expande en una diversidad inabarcable de formas de vida. Acorde con esta transformación se encuentra una nueva idea de tolerancia y pluralismo representada por John Stuart Mill.

tacha moral³⁹. Por doquier se elaboraron programas para combatir la ociosidad: las parroquias asistían a los vagabundos a cambio de su trabajo en el cáñamo, el lino y la lana, o los «alquilaban» directamente a empresarios manufactureros, asimismo se multiplicaron *workhouses* en las que aquéllos eran internados⁴⁰. El propio Locke, en el informe citado, se propone como objetivo principal la mejora del sistema vigente de *workhouses* a fin de lograr la más eficaz reforma y corrección del ocioso en la diligencia y la virtud⁴¹. El trabajo, al tiempo que incrementaba la riqueza del país, constituía una vía de redención. Como afirma Appleby, «la moralidad del mercado estaba discretamente fundida con la moralidad del Dios del comerciante»⁴².

Pero hay otro aspecto en el que la presión ejercida por el mercado menoscaba uno de los pilares fundamentales de la teoría de la tolerancia de Locke. De las diversas líneas argumentales utilizadas por el filósofo para defender su política liberal en materia religiosa, la de implicaciones más radicales —y a la que se está concediendo una creciente atención— es su argumentación epistemológica. La crítica de las ideas innatas y su afirmación de que todo cono-

³⁹ En un informe elaborado en 1697 como miembro del *Board of Trade* bajo el título *The Report of the Board of Trade on the reform of the Poor Law* afirma Locke que la causa del aumento de la indigencia en la época no es «la escasez de provisiones ni la falta de empleo», sino, por el contrario, «nada más que la relajación de la disciplina y la corrupción de las costumbres», citado en J. TULLY, *An approach to political philosophy: Locke in contexts*, Cambridge University Press, 1993, p. 235.

⁴⁰ Sobre la preocupación del mercantilismo por canalizar y aprovechar la fuerza productiva de los pobres, cfr. J. O. APPLEBY, *Economic Thought and Ideology in Seventeenth-Century England*, cit., pp. 129-157. Sin embargo, este afán por movilizar al trabajo a los pobres no se debió exclusivamente al interés económico que representaba el valor potencial de su trabajo, sino también, en parte, a la sincera motivación moral o «caritativa» de algunos sectores en un período de elevadas tasas de desempleo. La acentuación de esta tendencia matizó la teoría del *balance-of-trade* en el sentido de que el gobierno no debía guiarse sólo por el saldo neto de la balanza comercial, sino buscar un equilibrio entre éste y la creación de empleo, al punto de que algún autor habla de un «socialmercantilismo» en la Inglaterra de finales del xvii. Cfr. sobre este asunto, C. WILSON, «The Other Face of Mercantilism», en D. C. Coleman (ed.), *Revisions in Mercantilism*, cit., pp. 118-139.

⁴¹ Para ello Locke proyecta un amplio sistema corrector apoyado en sanciones legales. Para la reforma de los vagabundos prevé su internamiento en casas de reforma y de trabajo, su enrolamiento forzoso en la marina real e incluso la deportación a las plantaciones de las colonias. Pero su principal objetivo son los hijos de los pobres, que considera deben ser internados a partir de los tres años en escuelas de trabajo en las que, como aprendices, serán entrenados en la realización disciplinada de labores repetitivas y obligados a la asistencia de los servicios religiosos, castigándose la infracción de tales deberes con castigos corporales. El buen funcionamiento del sistema es supervisado por numerosos inspectores, vigilantes y jueces locales incentivados con premios o sanciones legales y económicas. Este abanico de medidas —cfr. J. TULLY, *An approach to political philosophy: Locke in contexts*, cit., pp. 234-239— recuerdan el universo disciplinario descrito por M. FOUCAULT, *Vigilar y castigar*, trad. de A. Garzón del Camino, Siglo XXI, Madrid, 1992.

⁴² J. APPLEBY, *Ideology and Theory: The Tension between Political and Economic Liberalism in Seventeenth-Century England*, cit., p. 502.

cimiento proviene de la experiencia sensorial o reflexiva tiene por objeto resaltar la naturaleza personal de los actos del entendimiento.

Éste es un papel en blanco que sólo puede rellenarse a partir de los datos suministrados por la experiencia propia⁴³. El conocimiento no es algo recibido, aun cuando una proposición recibida de otro pueda corresponderse con la verdad, sino que solamente «en la medida en que nosotros mismos consideramos y alcanzamos la verdad y la razón, en esa medida somos poseedores de un real y verdadero conocimiento»⁴⁴. El conocimiento no puede ser, por tanto, sino el resultado de una adquisición subjetiva, de un esfuerzo personal de búsqueda y ejercicio de las facultades racionales propias⁴⁵. En última instancia, también «todo conocimiento depende del trabajo y es trabajo»⁴⁶.

Y es en el adecuado ejercicio de tales facultades, en el desarrollo de ese trabajo personal de búsqueda e investigación racional de la verdad, en lo que consiste el deber de perfeccionamiento del hombre como criatura racional⁴⁷. El corolario de esta posición es la contundente afirmación de Locke de que «los hombres deben pensar y conocer por sí mismos»⁴⁸. Aquí se encuentra definido el objetivo moral de sus escritos de madurez y de su teoría de la tolerancia⁴⁹.

⁴³ Cfr. J. LOCKE, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, trad. de Edmundo O'Gorman, F. C. E., México, 1986, libro II, cap. I, sec. 2, p. 83.

⁴⁴ *Ibidem*, libro I, cap. IV, sec. 23, p. 77.

⁴⁵ En este sentido afirma J. W. YOLTON, *A Locke Dictionary*, Blackwell Publishers, 1993, voz *Knowledge*, que el conocimiento no es para Locke algo que «exista separado de nosotros, esperando ser descubierta», sino que «es nuestra adquisición de ideas sobre el mundo lo que conduce al conocimiento» (p. 109).

⁴⁶ L. STRAUSS, *Natural Right and History*, Chicago University Press, 1953, p. 249. Casi podría decirse que para Locke el conocimiento depende exclusivamente del trabajo, del ejercicio que hagamos de nuestras facultades naturales, por cuanto Locke reitera que éstas son las mismas en todos los hombres, que se hallan así en el mismo punto de partida. En su afán por enfatizar el esfuerzo personal Locke se muestra un tanto ingenuo, al achacar las diferencias tan notables que se producen entre los hombres en el arte y la ciencia al buen o mal uso que hacemos de nuestras aptitudes naturales, a los hábitos, al adiestramiento, sin tener en cuenta la posibilidad de que distintas personas tengan diferentes capacidades para las diversas actividades. Cfr. J. LOCKE, *Segundo Ensayo sobre el Gobierno civil*, cit., sec. 6; *Ensayo sobre el entendimiento humano*, cit., libro I, cap. IV, sec. 22, pp. 75-76; *Sobre la conducta del entendimiento*, en ID., *La conducta del entendimiento y otros ensayos póstumos*, edición bilingüe, trad. de Angel M. Lorenzo Rodríguez, An-thropos, Madrid, 1992, pp. 21 y 27; *Pensamientos sobre la educación*, trad. de La Lectura y Rafael Lasaleta, Akal, Madrid, 1986, 32, pp. 65-66.

⁴⁷ Al respecto afirma J. DUNN, «The politics of Locke in England and America in the eighteenth century», en J. W. Yolton (ed.), *John Locke: Problems and Perspectives. A Collection of New Essays*, Cambridge University Press, 1969: «La categoría fundamental de la experiencia humana era la cognición. Era al conocer cuando un hombre llegaba a ser propiamente humano, incluso trascendía la experiencia humana, y era como un conocedor (*Knower*) como era necesariamente un individuo» (p. 52).

⁴⁸ J. LOCKE, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, cit., libro I, cap. IV, sec. 23, p. 77.

⁴⁹ Realmente, Locke no tradujo al plano político las implicaciones que se derivaban de este individualismo epistemológico radical por temor a los excesos fanáticos que había contemplado en su juventud.

Sin embargo, este objetivo se ve impedido en gran parte, o más concretamente respecto a determinadas personas, por el desenvolvimiento de las relaciones de producción, que hacen imposible la dedicación y el esfuerzo que requiere esta tarea⁵⁰. Y Locke es consciente de ello: «La mayoría de la humanidad no tiene tiempo libre para el saber y la lógica y las distinciones sutiles de las escuelas. Donde la mano está acostumbrada al arado y a la pala, la cabeza raras veces se eleva a ideas sublimes o se ejercita en el razonamiento misterioso. Es suficiente si hombres de esa clase (sin decir nada del otro sexo) pueden comprender las proposiciones sencillas y un razonamiento corto acerca de las cosas conocidas por sus mentes y unidas de cerca con su experiencia diaria»⁵¹.

De ahí la necesidad de la revelación en el ámbito del conocimiento moral: la fe es una guía clara para quienes no pueden dedicarse a la investigación racional. El método racional demostrativo se ha mostrado «propio sólo para unos pocos que tenían mucho ocio, mejores conocimientos y estaban acostumbrados al razonamiento abstracto»⁵². Por el contrario: «no se puede esperar tan pronto que todos los peones y comerciantes, solteras y criadas sean matemáticos perfectos como esperar que sean tan perfectos en la ética. El único camino seguro para llevarles a la obediencia y a la práctica es el de escuchar mandamientos sencillos. La mayoría no puede saber y, por lo tanto, debe creer»⁵³.

Las condiciones de subsistencia en las que se mueve el hombre común, forzado a trabajar al límite en busca de la mayor productividad, no le permiten cultivar sus aptitudes racionales y perfeccionar así su entendimiento. Queda impedido así en la práctica el desarrollo de esa facultad que distingue al hombre de las bestias⁵⁴. Si la epistemología lockeana se configura como una crítica a toda autoridad en el plano intelectual y una afirmación del carácter necesariamente personal del conocimiento, el sistema económico que defiende con-

Sus puntos de vista sobre el entendimiento constituyen bases sólidas para una defensa de la plena libertad intelectual y religiosa, más allá de la limitada tolerancia que estaba dispuesto a admitir en la práctica.

⁵⁰ Sobre el enorme trabajo y aplicación que requiere el perfeccionamiento y la ampliación del entendimiento, cfr. J. LOCKE, *Sobre la conducta del entendimiento*, cit., p. 43.

⁵¹ J. LOCKE, *La racionalidad del Cristianismo*, trad. de Leandro González, introducción de Cirilo Flórez, ediciones Paulinas, Madrid, 1977, p. 249.

⁵² *Ibidem*, p. 234.

⁵³ *Ibidem*, p. 233. En este sentido afirma N. PIRILLO, «John Locke e la ragionevolezza del Cristianesimo», *Prassi e Teoria: Rivista di Filosofia della Cultura*, 1977, n. 2, que «la religión llega a ser así función donde la división del trabajo, de un lado el saber y con él las "conciencias", los intelectuales y las minorías, y del otro la fe, las masas y la mayoría» (p. 310).

⁵⁴ Cfr. J. LOCKE, *An Essay Concerning Toleration*, cit., p. 98, y *Ensayo sobre el entendimiento humano*, cit., libro IV, cap. XVII, sec. 1, p. 673.

dena a la gran masa de la población al sometimiento ciego a la autoridad de otros, a la obediencia. Además, esta situación no es percibida por el propio trabajador, ocupado en una existencia «a ras de suelo».

Como el propio Locke observa, «la parte del trabajador, siendo rara vez superior a la mera subsistencia, nunca permite a ese grupo de hombres el tiempo ni la oportunidad para elevar sus pensamientos por encima de eso, o luchar con los más ricos por lo suyo (como un interés común), salvo cuando alguna común y gran miseria, uniéndoles en un universal fermento, les hace olvidar el respeto y les anima a satisfacer sus necesidades por la fuerza armada: y entonces algunas veces irrumpen contra el rico y lo barren todo como un diluvio». Pero esta explosión de rebeldía «rara vez ocurre, salvo por la mala administración de un gobierno negligente o descuidado»⁵⁵.

En definitiva, si la obra de Locke constituyó una liberación del poder autoritario del soberano, un quebranto del poder político absoluto, intolerante y guardián de una ortodoxia, dejó al individuo a merced de una nueva fuerza, impersonal e invisible: el mercado. A partir de entonces se iniciará una lucha, no menos cruenta que la anterior, por desembarazarse de la opresión del nuevo y poderoso señor.



⁵⁵ J. LOCKE, *Some Considerations of the Consequences of the Lowering of Interest, and Raising the value of Money*, p. 115.